

Tal perfil de inteligencia se rige por esta ecuación:

$$\begin{array}{rcl} \text{aptitud o} & = & \text{talento} \\ \text{capacidad} & = & (\text{innato}) + \text{cantidad de práctica} \\ & & (\text{aprendida}) \end{array}$$

Como es imposible medir por separado el talento y la cantidad de práctica, el perfil de inteligencia se refiere siempre a los dos y por eso debería llamarse propiamente «perfil de aptitudes»; pero la expresión «perfil de inteligencia» se ha impuesto de momento. Por tanto, si se investigan las aptitudes lingüísticas de un joven de dieciséis años, se medirán al mismo tiempo su talento natural para el lenguaje y todo el cultivo o no cultivo del lenguaje que ha experimentado en sus dieciséis años de vida; las dos cosas se mezclan para constituir su dominio actual del lenguaje y su riqueza de vocabulario.

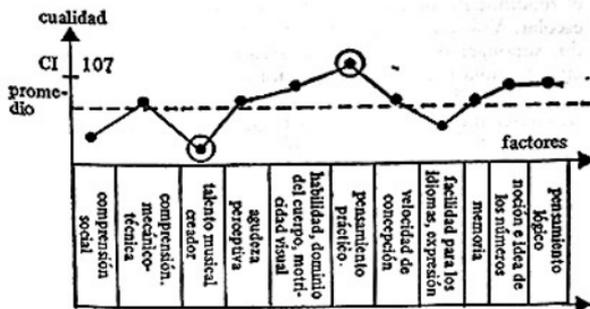
Echemos una ojeada a un perfil de inteligencia medio:

El número de los factores que se elige para un perfil de inteligencia puede ser diferente, ya que cada área de inteligencia puede subdividirse ulteriormente. Así, el área del lenguaje puede agruparse en un factor, como en el gráfico siguiente, o subdividirse en «memoria verbal», «fluidez de palabra» y «capacidad expresiva».

En la literatura psicológica especializada hay desde modelos de inteligencia con 10 factores, hasta el modelo Guilford con 120 factores; pero esto es sólo un problema de división. En principio, lo importante es una cosa: que no todas las áreas de inteligencia se reflejen del mismo modo en el rendimiento escolar. Por ejemplo, el «pensamiento práctico», el «talento musical» y la «comprensión social» no suelen recibir en el colegio sino una atención marginal, mientras que tanto el área numérica y verbal como los rendimientos memorísticos son mucho más importantes para las notas y el progreso escolar.

Un niño con el perfil de inteligencia que hemos representado probablemente no destacará en dibujo, pintura y música; pero, en cambio, podrá obtener buenos rendimientos en matemáticas y quizá en física (¡pensamiento práctico!). También será muy bueno en educación física, mientras

que en alemán o inglés podrá pasar apuros. Estas consideraciones son razonables y tienen sentido; en cambio, si se calcula el perfil global mediante el coeficiente intelectual, que en el ejemplo anterior puede estar en CI = 107, se obtiene un valor medio poco significativo.



Del mismo modo que cada persona tiene su semblante individual y su estructura corporal individual, así también tiene su perfil de inteligencia individual, que está abierto al progreso y al cambio, lo mismo que el cuerpo, la psique y el espíritu. Es de suponer que las regiones corticales del cerebro presenten, de una persona a otra, desarrollos diferentes y que en tales desarrollos puedan detectarse los substratos orgánicos de los diferentes perfiles de inteligencia. Del mismo modo que algunas personas pueden permanecer mucho tiempo debajo del agua porque tienen el tórax fuerte, y otras pueden leer bien a mucha distancia porque tienen una vista aguda, y del mismo modo que la capacidad del tórax y la agudeza visual pueden entrenarse hasta cierto punto, lo mismo sucede con los centros y regiones corticales del cerebro, sobre cuya diferente estructura y función se sabe hoy algo más que hasta hace poco.

En un perfil de inteligencia media normal, casi siempre se encuentra alguna carencia importante y algún talento especial. No hay ninguna persona que no esté capacitada en

un campo, a no ser que tenga dañado todo el cerebro; pero incluso en alumnos de escuelas especiales y disminuidos mentales he encontrado siempre áreas en las que podían conseguirse buenos resultados, a condición de descubrirlas y cultivarlas

Pero, por desgracia, se cometen graves errores al juzgar el rendimiento de los niños, particularmente su rendimiento escolar. Volvamos al perfil de inteligencia que hemos trazado: supongamos que este niño saca en inglés un seis, es decir, una nota normal. Esto es para este niño un rendimiento notable: significa que ha practicado y estudiado tanto, que ha conseguido un rendimiento mejor que el correspondiente a sus aptitudes. Pero es posible que los padres miren esa nota con desprecio y le pregunten por qué no lo ha hecho mejor.

En otra ocasión, el niño saca un ocho en matemáticas. Dado su perfil de inteligencia, no es un rendimiento especial y responde plenamente a la capacidad del niño. Pero

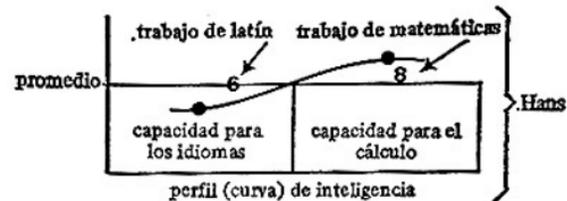
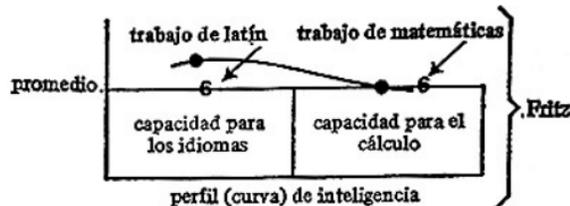


Tomado de Mörke-Mergenthaler, *Biologie des Menschen* (ed. Quelle & Meyer, Heidelberg).

los padres lo elogian mucho y ponderan su rendimiento. Este es el *primer tipo* de errores: residen en no valorar los rendimientos en función de la capacidad individual de una persona, sino en función de los valores normales generales.

El *segundo tipo* de errores se da cuando se comparan entre sí dos personas, sin tener en cuenta su diferente capacidad.

Voy a representar en un gráfico los valores de inteligencia de dos niños en dos áreas distintas:



Fritz saca un seis en el trabajo de matemáticas, y Hans un ocho. Fritz ha conseguido un rendimiento acorde con su capacidad, mientras que Hans se ha descuidado algo, ya que por su capacidad podría haber sacado fácilmente un diez. La madre de Fritz dice: «¡Fíjate en tu amigo Hans, que ha sacado mejor nota que tú!».

Luego traen los dos niños el trabajo de latín con un seis. En el caso de Fritz es una lástima, pues podría haberlo hecho mejor. Para Hans es un rendimiento excelente. La madre de Fritz le dice: «¡Bueno, tu amigo ha sacado también un seis! No se puede pedir más; a fin de cuentas, el latín es una asignatura difícil».

Por tanto, siempre hemos de tener presente que el auténtico rendimiento de un niño en el colegio debe medirse y valorarse sólo en relación con su perfil de inteligencia. Y no deben equipararse sin más los mismos resultados de dos niños con diferentes perfiles de inteligencia (error del segundo tipo), ni compararse entre sí los diferentes rendimientos de una misma persona en asignaturas distintas (error del primer tipo).

Se da un verdadero rendimiento humano cuando es algo más alto de lo que corresponde a la verdadera capacidad, cuando se moviliza el «poder de contradicción del espíritu», como diría un logoterapeuta, cuando la voluntad y la fuerza de la motivación triunfan sobre las deficiencias y los obstáculos. Si alguien tiene una pierna parálitica y recorre a nado una distancia de 2.000 metros, su rendimiento es sin duda más alto que si un deportista de elite hace un recorrido de 8.000 metros. En el terreno físico, esto nos parece evidente, pero en el terreno psíquico y espiritual pensamos muchas veces de otra manera. ¡El rendimiento es siempre rendimiento en relación con la capacidad que se tiene!

Y sólo el rendimiento que supera un poco los límites impuestos por las circunstancias y las disposiciones naturales debe reconocerse como tal, tanto en psicoterapia como en pedagogía, ya que es un testimonio de que el hombre puede trascender sus propios condicionamientos.

Naturalmente, el colegio no se puede regir por esa valoración individual; el profesor está obligado a juzgar a todos los alumnos con el mismo criterio. A iguales faltas, iguales notas, esté o no el alumno dotado para esa área. El diez en la papeleta sólo significa que el alumno domina la materia, al margen de que dicha nota le haya caído del cielo en razón de su extraordinario talento o haya sido obtenida con gran esfuerzo y tenacidad pese a no tener más que un talento corriente, si bien en este caso es mayor el rendimiento humano.

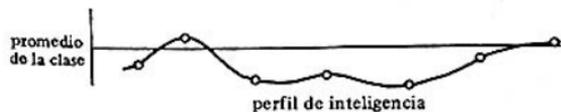
Hay otra cosa que no puede hacer la escuela: ayudar a los alumnos en lo que respecta a sus talentos extremos. No puede tomar en consideración las faltas particulares de talento (el profesor no puede repetir tres veces una materia en atención a un par de alumnos), ni ocuparse de talentos

muy destacados en un área (¿qué puede hacer un solo profesor de música con un pequeño Mozart en clase?). En consecuencia, la escuela tiene que ofrecer un plan de estudios que se acomode y responda a la capacidad media aproximada de los alumnos.

Los extremos en el perfil de inteligencia del niño quedan, por el contrario, bajo la responsabilidad de los padres. Yo considero una obligación grave de los padres ocuparse de las cualidades de sus hijos que se salen de lo normal; en la orientación educativa se habla continuamente de esto, pero por desgracia casi siempre de un modo unilateral.

Hablemos primero del extremo por defecto, de la falta de talento: cada uno de nosotros tiene sus faltas de talento en algún punto. Es verdad que hay personas «bien dotadas para todo», que pueden salir adelante en cualquier campo; pero uno puede poner a casi todas las personas en un puesto en el que fracasan. Lo que ocurre es que el adulto evita en lo posible las ocasiones que le puedan proporcionar tales experiencias de fracaso. Un ama de casa joven que no se siente muy segura en la cocina procurará no celebrar a menudo reuniones con muchos invitados que agasajar; un hombre poco dotado para la técnica procurará no intentar reparar personalmente su coche ni arreglar la instalación de su casa. En cambio, el niño que estudia no puede soslayar la asignatura para la que está poco dotado, e incluso tiene que competir con otros niños de talento normal y superdotados.

Aparte de esto, cabe también que un niño rinda poco en varias áreas; entonces su perfil de inteligencia, comparado con el promedio de la clase, podría ser el siguiente:



Con tal perfil de inteligencia no tiene sentido pretender subsanar las deficiencias con ayudas complementarias; el niño está mal clasificado, está en una escuela inadecuada. El promedio que la escuela exige y espera de él es demasia-